

## Discurso del Ilmo. Dr. José Fietta Nuncio de la Santa Sede

Magnífico Señor Rector:

Señores Catedráticos:

Señores Académicos:

El distinguido Rector de la Universidad de Santo Domingo, Dr. Don Federico Henríquez i Carvajal, en la tarjeta de invitación que me dirigió para que asistiera a este solemne acto, con fina atención, que tanto estimo i le agradezco, me comunicaba que me reservaba un turno en el acto, para que uniese yo mi voz al poderoso coro de alabanzas que en estos días se ha elevado a la memoria del insigne Monseñor Fernando Arturo de Meriño.

Declinar la atenta invitación me parecía faltar no sólo a la cortesía sino a mi deber, i acepté, aunque no deje de ser presunción de mi parte hablar en público en vuestro idioma que aun no poseo correctamente. Qué podré yo añadir a todo lo que se ha dicho del ilustrado i virtuoso Prelado, del sabio Político, del ardiente Patriota, del elocuente Orador, del eminente pensador i escritor castizo, del preclaro educacionista?

Durante toda una semana los centros intelectuales de la Ciudad Primada, ofrendaron a la memoria del grande ciudadano el homenaje de brillantes actos, en los cuales distinguidos oradores, con el fervor de la admiración i con la gratitud del reconocimiento, han estudiado la personalidad de Monseñor Meriño en sus múltiples aspectos i en sus distintas actividades, poniendo de relieve las dotes de mente i de corazón que adornaron a este hombre excepcional.

Ha sido pues un plebiscito de férvida admiración i de tierno amor al Ciudadano i al Pastor; plebiscito que ha revelado cuán arraigado está en el corazón dominicano el culto a la memoria de los prohombres que honraron i sirvieron al País; el afecto i la gratitud que conserva para los que pasaron haciendo el bien.

Si cubrir con el manto del olvido, decretar el ostracismo a la memoria de los hombres prominentes, es una señal de decadencia de los pueblos, que no quieren recordar para no imitar; recordarla, ensalzarla, ilustrarla para que sirva de enseñanza i de estímulo a las generaciones venideras, es prueba de la vitalidad, de la grandeza, de la nobleza de los pueblos. Por esto celebro que el pueblo dominicano haya solemnizado con inusitado esplendor el primer centenario del nacimiento de este preclaro ciudadano; i puedo pronosticar, sin temor de error, para este pueblo patriótico i generoso, el más risueño porvenir.

Como Representante de la Iglesia en este País, me satisface ver ensalzada i celebrada una gloria que es nuestra, pues si el Arzobispo Meriño es una auténtica gloria de la Nación i de la Iglesia Dominicana, lo es también de la Iglesia Católica a la cual él ha servido con amor i constancia, ha ilustrado con su sabiduría, ha honrado con sus virtudes. I no podía ser de otro modo si pensamos que la norma de su vida ha sido siempre la de servir a Dios solamente, norma que cristalizó en el lema de su escudo archiepiscopal: "Christo Domino serviam". A Cristo Señor Nuestro serviré.

"A Cristo Señor Nuestro siempre serviré", i, sirviendo a Cristo, ha servido a la Patria de la manera más eficiente; amando a Cristo, ha amado la Patria hasta el delirio, porque esos dos amores son no solo inseparables sino que se completan. El amor a Dios, que es fé en su palabra, que es obediencia a sus mandamientos, es para el amor patrio lo que es el óleo para la misa, el rocío para las flores, el crisol para el oro: lo alimenta, lo desarrolla, lo purifica.

Que el recuerdo del eminente Ciudadano i bondadoso Pastor viva siempre en el corazón de los moradores de esta tierra que él tanto ha querido; que el ejemplo de su abnegado i desinteresado patriotismo tenga muchos imitadores; que en la escuela de su vida aprendan todos cómo se debe amar i servir al prójimo, a la Patria, a Dios!